

VIVIR EN DEUDA. EXPLOTACIÓN NEOLIBERAL Y CAPTURA DEL TIEMPO

Ignacio De Boni

Instituto Superior de Educación Física, Universidad de la República
(Uruguay)

ORCID: 0009-0004-0956-503X

ideboni4@gmail.com

Cecilia Seré Quintero

Universidad de la República (Uruguay)

ORCID: 0000-0001-8845-3394

serececilia@gmail.com

Recibido: 26 de noviembre de 2023

Aceptado: 15 de diciembre de 2024

RESUMEN

En este trabajo se plantea una conceptualización de la deuda que pretende ir más allá de su dimensión económica para comprenderla como un modo de organización de la subjetividad y de la vida, un modo de concebir las relaciones con el mundo, con lxs demás y, sobre todo, con nosotrxs mismxs. En este sentido, se propone advertir que estos modos de vida, constituidos por la presión de sentirse siempre en deuda, forman el tejido subjetivo de dinámicas de explotación características del capitalismo contemporáneo. Se trata de mostrar cómo la deuda afecta los procesos de subjetivación, imponiendo determinadas formas de relacionarse con el tiempo y

con el cuerpo, así como de rastrear los síntomas de malestar que asoman entre los imperativos de rendimiento y valorización.

Palabras clave: neoliberalismo, subjetividad, deuda, cuerpo, tiempo, malestar.

LIVING IN DEBT. NEOLIBERAL EXPLOITATION AND CAPTURE OF TIME

ABSTRACT

This article proposes a conceptualization of debt that seeks to go beyond its economic dimension, understanding it as a mode of organizing subjectivity and life –a way of conceiving relationships with the world, with others, and, especially, with ourselves. In this sense, it is suggested to recognize that these ways of life, shaped by the constant pressure of feeling indebted, constitute the subjective fabric of exploitation dynamics characteristic of contemporary capitalism. The aim is to demonstrate how debt affects processes of subjectivation, imposing certain forms of relating to time and the body, as well as to trace the symptoms of discomfort that emerge between the imperatives of performance and valorization.

Keywords: neoliberalism, subjectivity, debt, body, time, discomfort.

INTRODUCCIÓN

Así como nadie tiene derecho a decirnos cuánto valemos realmente, nadie tiene derecho a decirnos realmente cuánto debemos.

David Graeber

Este ensayo se propone abordar la deuda entendida como un mecanismo de explotación que cobra relevancia en el capitalismo

contemporáneo¹⁴. El análisis se inscribe en el conjunto de miradas críticas sobre la formación social capitalista y sobre el lugar de la deuda en la gestión de la vida cotidiana. Sin embargo, no nos proponemos reducir el análisis de la deuda a su dinámica económica o financiera, asunto que ha sido explorado por diversos autores con fecundos resultados (Graeber, 2012; Lazzarato, 2013; Stimilli, 2011, 2020; Federici et al., 2021; Cavallero y Gago, 2019; entre otros). Asumiendo este punto de partida y proponiéndonos ampliarlo, daremos cuenta de la deuda como una forma de organización de la subjetividad contemporánea; es decir, como una forma de relación de los sujetos con el mundo, con lxs otrxs y consigo mismxs que se organiza a partir de una sensación de endeudamiento constante.

Desde este punto de vista, el endeudamiento no es únicamente una condición que contribuye con las dinámicas financieras de producción y acumulación de valor y plusvalor en la reproducción social capitalista. La condición de endeudamiento es una sensación permanente que forma parte de un paisaje subjetivo organizado en torno a la extracción de valor y esto sucede mucho más allá de contraer deudas económicas con un prestamista.

En este trabajo nos proponemos explorar esa dimensión subjetiva de la deuda sin desconectarla de su raíz económica. Esta relación, en otros términos, ya había sido explorada por Nietzsche (2014) para mostrar la genealogía económica de la moral. Con todo, la intención de este ensayo es mostrar cómo la economización extensiva de la vida, un asunto clave para comprender el capitalismo neoliberal, implica que esa relación acreedor-deudor se expande más allá de las fronteras del intercambio financiero, trasladando la forma de esta transacción económica a la matriz subjetiva.

¹⁴ Agradecemos a Emiliano Exposto por su escucha generosa y su disposición a intercambiar en torno a las hipótesis iniciales de este artículo. Aunque, por supuesto, lo eximimos de cualquier responsabilidad sobre su contenido.

Miraremos la deuda como una forma de producción de valor, de apropiación de trabajo a futuro y por tanto como un mecanismo de expropiación del tiempo, así como también miraremos la deuda como una forma de producción de las disposiciones subjetivas (culpa, responsabilidad, obediencia) que acompañan al buen deudor comprometido con su situación de endeudamiento y con la obligación de saldarla. Pero, sobre todo, consideraremos la deuda como parte de una condición humana neoliberal que opera continuamente en la vida cotidiana.

Considerando la sintonía entre los procesos de producción de valor y los procesos de producción de subjetividad en el capitalismo, el primer apartado de este texto se orienta a delimitar el lugar de la deuda en lo que hemos llamado *extractivismo ampliado*. Atenderemos al endeudamiento como un mecanismo económico y subjetivo conducente a la extracción de valor, que delimita las formas de estar en el mundo orientadas hacia la constante valorización de unx mismx.

A partir de ahí exploramos la dimensión temporal de la deuda, que se inscribe en las transformaciones de lo que Richard Sennett (2007) denomina *cultura del nuevo capitalismo*. La exigencia de inmediatez, la incertidumbre y la flexibilidad constituyen un escenario propicio para fabricar la necesidad de *adelantar tiempo*, un escenario que se organiza en torno a la idea de que la vida es *ahora*. Analizamos la deuda como una forma de disputar un tiempo que constantemente parece insuficiente y que posiciona a los sujetos entre un tiempo histórico que perpetúa un presente continuo y una dinámica cotidiana de corto plazo que produce sensaciones de ansiedad ante el futuro inmediato. En este segundo apartado, por tanto, indagamos en la condición subjetiva de endeudamiento y la sensación constante de *estar en deuda* como una manera de organizar y expropiar el tiempo.

Finalmente, en el tercer apartado nos preguntamos en qué medida la deuda puede ser pensada como una categoría que atraviesa la producción de lo corporal. Advertimos que la condición de

endeudamiento trae consigo la obligación de un trabajo sobre sí mismx que se encarna en el cuerpo. En este sentido, la deuda se vuelve un modo de relacionarse con el cuerpo (cuerpos que siempre están en deuda respecto a los ideales de rendimiento, flexibilidad o disponibilidad). Al mismo tiempo, sugerimos que es en el cuerpo donde pueden rastrearse y politizarse los síntomas de malestar por el hecho de vivir constantemente en deuda y empujadx a valorizarnos cada vez más.

Son muchos los motivos que llevan a endeudarse y muchas las maneras de estar en deuda. Hay deudas públicas y deudas privadas, deudas impagables y financiarización de las deudas. Se toman deudas para invertir en capital, para el consumo ocioso o como estrategia de supervivencia. Deudas mínimas y deudas millonarias. Deudores solventes y deudores “riesgosos”. Reconocemos esta diversidad y no pretendemos negarla. Al situarnos en ella, nuestra intención es profundizar en apenas una de sus expresiones, que consiste en el estado de endeudamiento continuo que atraviesa la producción de subjetividades y modos de vida en el capitalismo neoliberal, reconociendo que la deuda es un marco existencial clave para comprender las maneras de relacionarnos con el tiempo, así como los síntomas de malestar social e individual que hoy brotan por todas partes.

Creemos que pensar la deuda de esta manera, como *una forma de explotación que hace de la organización de la subjetividad una fuente de producción/extracción de valor*, ofrece posibilidades interesantes para sus dos líneas de investigación principales. Para las teorías de la explotación contemporánea, permite contornear el horizonte subjetivo sobre el que se despliegan muchas de las dimensiones del extractivismo ampliado. En un sentido similar, permite ampliar el alcance de los estudios críticos de la deuda, mostrando cómo el endeudamiento, ahora entendido como un *contraste culpabilizante entre lo que estamos haciendo y lo mucho más que deberíamos hacer*, ha llegado a ser una de las formas más extendidas (y más redituables) de estar en el mundo.

EXTRACTIVISMO AMPLIADO: ENDEUDAMIENTO COMO MECANISMO DE EXPLOTACIÓN

Como anunciamos en la introducción, la intención de este trabajo es exponer algunas claves que hacen de la deuda un mecanismo de explotación/acumulación fundamental en el capitalismo contemporáneo. Para eso, partimos de dos ejes analíticos. En primer lugar, procurando ir más allá de su dimensión económica o financiera, proponemos conceptualizar la deuda como un *modo de organización de la subjetividad y de la vida*, un modo de relacionarnos con el mundo, con lxs demás y con nosotrxs mismxs. En otras palabras, no solamente *tenemos deudas*, sino que, además, *vivimos en deuda*, siempre *estamos en deuda*. En segundo lugar, entendemos que estos modos de vida, constituidos por ese estado de endeudamiento permanente, forman el tejido subjetivo de dinámicas de explotación sobre las que se sostiene la acumulación capitalista en la actualidad.

En los últimos años, las teorías críticas que impugnan el dominio neoliberal vienen insistiendo en el papel de la deuda como uno de los mecanismos más extendidos y eficaces para la explotación/acumulación capitalista (Graeber, 2012; Lazzarato, 2013; Stimilli, 2011, 2020; Federici et al., 2021; Cavallero y Gago, 2019). ¿Qué significa pensar la deuda de este modo? Significa comprender cómo la deuda permite al capital apropiarse de la actividad humana y orientarla hacia los imperativos que aseguran la producción y acumulación de valor.

La forma más evidente de reconocer esta operación de captura es mirando la deuda en su dimensión estrictamente económica: pedir y deber dinero. La deuda económica es extremadamente eficaz asegurando la obediencia y el trabajo a futuro. Esto es fácil de comprender. Cuando alguien contrae una deuda, automáticamente enajena la posibilidad de disponer libremente de su tiempo y energía vital. A partir de ese momento, la actividad de quien debe estará orientada a hacer lo que tenga que hacer para saldar su deuda; es decir, trabajar para conseguir el dinero y pagar lo

que debe. Así, la deuda expropia a quien debe de su capacidad de autodeterminación, capturando su energía vital y direccionándola hacia la búsqueda de ingresos para pagar sus deudas:

(...) la deuda explota una disponibilidad de trabajo a futuro; constriñe a aceptar cualquier tipo de trabajo frente a la obligación preexistente de la deuda. La deuda flexibiliza compulsivamente las condiciones de trabajo que deben aceptarse, y en ese sentido es un dispositivo eficaz de explotación” (Cavallero y Gago, 2019, p. 16).

La deuda, entonces, funciona como un mecanismo de explotación porque intensifica la obediencia al trabajo. Además, hace esto con mucha eficacia porque trae consigo una pesada mochila moral llena de responsabilidad, obligación y culpa¹⁵, tal como veremos más adelante. Por ahora recordemos que esta obediencia al imperativo del trabajo es fundamental para el capital por la sencilla razón de que el trabajo es la fuente de la valorización capitalista. Después de todo, como señaló Marx (2020), el capital es trabajo muerto acumulado; existe gracias al trabajo humano.

Como dispositivo de explotación, la deuda asegura la obediencia y permite la apropiación del trabajo a futuro. Desde el momento en que alguien contrae una deuda, el capital tiende a asegurarse un futuro de trabajo. Un trabajo, además, disciplinado y dócil, presionado por la obligación de pagar la deuda. En otras palabras, *la deuda implica una captura del futuro*, una obligación a organizar el futuro en función de la deuda tomada; es decir, como continuidad o intensificación de la explotación laboral del presente.

Así como los cercamientos de tierras comunales que Marx (2003) describe en su famoso capítulo sobre la acumulación ori-

¹⁵ A partir de la deuda, indica Lazzarato (2013, pp. 36-37), “El par ‘esfuerzo-recompensa’ de la ideología del trabajo se refuerza con la moral de la promesa (de reembolsar la deuda) y la culpa (de haberla contraído).”

ginaria constituyen una violenta práctica de despojo y disciplinamiento de los productores independientes con el fin de empujarlos hacia el trabajo asalariado, el endeudamiento obliga a entregar el tiempo y la energía vital en cualquier trabajo, por más precario, mal remunerado y violento que sea, con el fin de obtener dinero para pagar las deudas. Podría decirse que *cercamientos y endeudamientos son dos caras de la expropiación capitalista de los medios de vida*. Si los cercamientos de tierras comunales son la expropiación de los medios físicos donde reproducir la vida, el endeudamiento funciona como *expropiación del tiempo*, como un drenaje silencioso de la potencia vital hacia el trabajo obligado, la lucha por la supervivencia y la obediencia financiera.

Formulemos concentradamente lo dicho hasta aquí. La deuda implica, por un lado, *explotación de la actividad humana* e intensificación de los mandatos de trabajo y sacrificio, y en ese sentido se inscribe en la *producción de valor*. Y al mismo tiempo la deuda implica una *relación de sumisión*, porque quien debe es esclavo de su deuda, no puede disponer libremente de su tiempo y energía vital, sino que debe adoptar una conducta diligente y aceptar las condiciones que su acreedor y la presión de la deuda le imponen, y en ese sentido se inscribe en la *producción de obediencia*. *La deuda produce valor y produce obediencia*.

Siguiendo con su dimensión económica, las investigaciones recientes de Cavallero y Gago (2019) analizan la penetración del crédito y la deuda en las economías domésticas, dando lugar a un fenómeno que llaman “colonización financiera de la reproducción social”. Según las autoras, en el neoliberalismo la deuda se vuelve una mediación ubicua y fundamental para la reproducción de la vida. El crédito cumple un papel cada vez más importante en las múltiples estrategias de recolección y malabarismo de ingresos que hacen los sectores populares para resistir y gestionar la crisis de las condiciones de vida. El empobrecimiento y la precarización obligan a endeudarse, pero ya no para gastos extraordinarios, sino para satisfacer necesidades básicas como el pago de alimentos, medicamentos y alquileres. Se trata de una situación en la que *la*

mera subsistencia exige endeudarse (Cavallero y Gago, 2019), y ese endeudamiento funciona como herramienta productiva y disciplinadora, como obligación al trabajo y a la obediencia financiera.

Así, el crédito tiende a sustituir simultáneamente a la mediación salarial clásica (que ya no es capaz de asegurar la reproducción social de las clases trabajadoras) y a la mediación estatal del salario indirecto (que garantiza el acceso a servicios públicos básicos), desmantelado por las políticas neoliberales de ajuste y reducción del gasto público. Cuando el endeudamiento es una condición para sobrevivir, el capital se asegura que cada vez más ámbitos de la reproducción social se vuelquen al mercado y generen ganancias empresariales (Federici, 2013), en este caso mediante el crédito y la privatización de las funciones sociales del Estado.

El crédito se presenta como un salvavidas privado para sobrevivir a los efectos del ataque estructural a las condiciones de vida de los sectores populares. Pero lejos de ser un salvavidas, es un peso que va hundiendo poco a poco a quien lo carga. La deuda es una válvula de escape que pateo la crisis hacia adelante y hacia adentro: *nada explota, pero todo implosiona...* (Cavallero y Gago, 2019; Barttolotta y Gago, 2023). Y esa implosión se gestiona endeudándose, entrando en un espiral interminable de deuda-presión-trabajo-pago-nueva deuda. En este marco, el endeudamiento sirve como un *dispositivo de autogestión de la precariedad vital cotidiana*, que trae como consecuencia un aumento de la explotación del trabajo y la expropiación del tiempo de vida para correr detrás de deudas que nunca se terminan de pagar porque ya son parte de la dinámica económica supervivencial de los sectores populares.

Ahora bien, nuestro argumento central no pasa por reafirmar lo evidente, esto es, que las finanzas abren múltiples frentes para la acumulación capitalista, sino por pensar *la deuda como un mecanismo de explotación que opera sobre y a través de la producción de subjetividades y modos de vida*. Y para eso tenemos que referirnos al elemento de la deuda que participa activamente en la conformación de la subjetividad. Tenemos que adentrarnos en su componente moral: la culpa.

Que existe una relación estrecha entre deuda y culpa, entre tener una deuda y sentir culpa, es algo tan palpable que no hace falta demasiada exhibición conceptual. Es fácil reconocer que el reverso de tener una deuda es arrastrar un sentimiento de culpa (por haber tenido que contraerla, por no haber podido saldarla todavía), así como la culpa suele vivirse como la sensación de *deber algo*, de *estar en deuda* con algo o con alguien.

No obstante, esta asociación intuitiva entre deuda y culpa adquiere todo su espesor histórico-conceptual cuando es vista a la luz de las investigaciones genealógicas de Friedrich Nietzsche. En *La Genealogía de la moral* (1887), Nietzsche presenta la relación de afectación mutua entre la deuda y la culpa. En realidad, Nietzsche quiere rastrear los orígenes de los valores morales, comprender el proceso histórico que hizo del “animal-hombre” un sujeto moral. Y cuando se pregunta cómo vinieron al mundo estados anímicos como la “mala conciencia” y el “sentimiento de culpa”, se encuentra con que el hecho de sentir culpa es consustancial al de tener deudas.

La primera pista del parentesco está en su raíz etimológica común. En alemán, las palabras “deuda” (*Schulden*) y “culpa” (*Schuld*) provienen del morfema “*Schuld*”. Ambos términos parecen querer denotar una situación similar. Según la genealogía trazada por Nietzsche (2014, p. 91), “(...) el concepto moral ‘culpa’ (*Schuld*) procede del muy material concepto ‘tener deudas’ (*Schulden*).” Esto quiere decir que la configuración del sentimiento moral de la culpa es indisociable de la generalización de la relación acreedor-deudor como la forma básica del contrato social¹⁶. Dicho de otro modo, la conciencia moral que convirtió al animal-hombre en un sujeto responsable, en un animal “al que le sea lícito hacer promesas” —porque ha internalizado la moral de la culpa, la responsabilidad y

¹⁶ En sus comentarios de la genealogía de la moral nietzscheana, Lazarato (2013, p. 13) afirma: “El fundamento de la relación social no está en la igualdad (del intercambio económico o simbólico), sino en la asimetría de la deuda/crédito, que histórica y teóricamente precede a la de la producción y el trabajo asalariado.”

el cumplimiento—, se forjó en paralelo a la expansión de la deuda como forma predominante del vínculo social. De lo anterior se desprende que la deuda no puede tomarse exclusivamente como una categoría económica, sino también, en su imbricación con la culpa, como una *categoría moral*¹⁷ y, en consecuencia, como un elemento clave en la constitución de la subjetividad.

Al prestar atención a su estrecho vínculo con la genealogía de los valores morales —especialmente con la culpa—, se revela que la deuda, como una forma del vínculo social, juega un papel fundamental en la inmersión de los seres humanos en la cultura. Es la cultura la que nos enseña, desde muy temprano, no sólo que estar en deuda es algo habitual, sino a obedecer una ley moral inquebrantable: *uno debe pagar sus deudas*. Siguiendo a Nietzsche, el animal-humano pasa a comportarse como un sujeto moral una vez que entiende no sólo que el contrato social supone acostumbrarse a relaciones de acreedor-deudor, de préstamos y promesas, sino que la estabilidad de ese contrato depende de que uno pague lo que debe. La reciprocidad y la confianza sobre las que se sostiene la vida en sociedad dependen de que uno cumpla con lo que prometió. Es un axioma cultural que no admite dudas: simplemente *uno debe pagar sus deudas*.¹⁸

Siguiendo el argumento de Nietzsche queda claro que, además de ser el arquetipo de la organización social, la deuda segrega a su alrededor una moral específica, *una moral de la promesa, la responsabilidad y la culpa*. Tener una deuda es culpabilizante, genera

¹⁷ Sin ir más lejos, el verbo “deber” es un índice elocuente de esta doble condición (económica y moral) de la deuda. “Deber” puede significar “deber dinero”, tener una deuda económica. Y “deber” también remite a un “deber ser”, una conducta ajustada a valores morales, un deber comportarse de cierta manera, adoptar determinadas actitudes o comportamientos. “Deber” es “deber dinero” pero también “deber ser”; es decir, una prescripción moral.

¹⁸ Para conocer un lúcido cuestionamiento de este axioma, ver Graeber (2012).

culpa. Y para sacarse la culpa sólo se puede hacer una cosa: pagar. *Para sacarse la culpa, hay que sacarse la deuda.* ¿Pero qué ocurre si la deuda nunca se termina de saldar? ¿Qué ocurre si la estructura misma de la deuda contiene una dinámica capaz de reproducirse a sí misma? Abordaremos este punto más adelante.

La genealogía nietzscheana, al develar la íntima relación entre culpa y deuda, es la puerta de entrada a los proyectos teóricos que buscaron demostrar las afinidades estructurales entre el cristianismo y el capitalismo. Después de todo, ambos sistemas se erigen sobre la culpa y la deuda. Mientras la moral cristiana se construye en torno a la culpa por el pecado original y la desobediencia humana frente a dios; el crédito, la deuda y el interés, con su reverso moral de responsabilidad y culpa, fueron instrumentos decisivos para consolidar la mediación capitalista de las relaciones sociales.

Aunque el centro de su argumento no provenga de la relación deuda/culpa, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1905), donde Max Weber advierte que los mandatos capitalistas de trabajo abnegado y aspiración de enriquecimiento encontraron su justificación religiosa en el ascetismo protestante, es la referencia de cabecera para abordar la afinidad entre cristianismo y capitalismo. Por su parte, en las notas inconclusas de *El capitalismo como religión* (1921), Walter Benjamin ubica en el núcleo deuda/culpa la estructura religiosa –específicamente cristiana– que anima a las relaciones capitalistas. Siguiendo la estela benjaminiana, Werner Hamacher (en: Foffani y Ennis, 2016, p. 181) sostiene que:

(...) el cristianismo no se habría metamorfoseado en capitalismo *si no lo hubiera sido ya estructuralmente*, es decir, si no hubiera sido ya un sistema construido, como el capitalismo, en torno a un déficit, a una carencia, a una falta, a una deuda.

Lo que Benjamin esboza en sus apuntes es que en el capitalismo las prácticas vitales toman la forma de un culto sin pausa ni tregua, pero de un culto especial, un *culto culposo*, que en lugar de

expiar la culpa, la engendra, la multiplica. Es decir, la vida tomada por las formas sociales capitalistas exige rendir un culto interminable (al dinero, al trabajo, a la optimización del tiempo y del cuerpo, al crecimiento económico, al consumo, etc.) que da como resultado un estado continuo de deuda y culpa por no estar dando lo suficiente, por estar en falta.

A los fines de este ensayo, la historia del ensamblaje entre deuda y culpa es importante porque abre una vía de acceso a la alianza fundamental del capitalismo: *la alianza entre economía y moral, entre trabajo y obediencia, entre producción de valor y producción de subjetividad*. En el nudo deuda/culpa la producción económica y subjetiva se ligan y se retroalimentan, dando impulso a una misma dinámica de reproducción social. En palabras de Lazzarato (2013, pp. 56-57):

(...) la relación acreedor-deudor es, inescindiblemente, una economía y una ética porque supone, para que el deudor pueda ser garante de “sí mismo”, un proceso ético-político de construcción de una subjetividad deudora, dotada de una memoria, una conciencia y una moral que lo induzcan, a la vez, a la responsabilidad y a la culpa. Producción económica y producción de subjetividad, trabajo y ética, son indisociables.

A cincuenta años de su victoria como régimen global, hoy sabemos que la reestructuración neoliberal del capitalismo implicó un estrechamiento del vínculo entre la producción de capital y la producción de subjetividad. La ofensiva neoliberal fue una “ofensiva sensible” (Sztulwark, 2019), cuyo espíritu quedó inmortalizado en la frase de Margaret Thatcher: “la economía es el medio; el objetivo es cambiar el alma”. El neoliberalismo ha sido retratado como un tipo de capitalismo particularmente *interventor*, preocupado por los modos de *hacer vivir* (Sztulwark, 2019), por la adecuación de la subjetividad a las nuevas formas de explotación del trabajo y producción de valor (De Boni, 2022).

Esta preocupación por la modulación subjetiva surgió del corazón mismo del proyecto teórico neoliberal. Su expresión más famosa fue la teoría del “capital humano” desarrollada por Gary Becker. A partir de su precoz análisis de estos primeros trazos de la gubernamentalidad neoliberal, Foucault (2007) acuñó la taquillera fórmula del “empresario de sí mismo”, una figura que Lazzarato (2013) intentó actualizar y reforzar con la del “hombre endeudado”, destacando la importancia de la presión disciplinadora y amenazante de la deuda en la conformación de la subjetividad neoliberal.

Partiendo de estos contornos subjetivos, proponemos interpretar ciertos modos de subjetivación basados en el endeudamiento permanente como formas de explotación en las que *la extracción de valor se inscribe en el terreno mismo de la organización de la subjetividad y las estrategias vitales*. Además, pensamos que la tarea de trazar un mapa crítico de las subjetividades contemporáneas requiere atender a uno de sus enclaves estratégicos, que es precisamente *la imbricación entre procesos de valorización y procesos de subjetivación* (Chicchi et al., 2019).

Situamos esta lectura de la deuda en el marco de lo que proponemos llamar “extractivismo ampliado”, haciendo referencia a los mecanismos de extracción de valor que desbordan sus fuentes clásicas, como la explotación del trabajo asalariado y la depredación ambiental. Dentro del extractivismo ampliado se mezclan dispositivos contemporáneos y heterogéneos: el crédito que coloniza la reproducción social, la minería de datos en Internet que extrae renta de nuestras interacciones digitales, las operaciones de especulación inmobiliaria que destruyen las tramas urbanas, las aplicaciones de pago electrónico que intermedian las transacciones comerciales de la economía popular, entre otros.

Así como en algunos de ellos la fuente de extracción de valor es la esfera reproductiva, en otros la actividad digital, en otros las dinámicas urbano-turísticas, en otros el comercio popular, entendemos que existe *un mecanismo específico que consiste en extraer potencia vital por medio de la generalización de modos de existencia que, impregnados por una sensación indeleble de deuda, culpa e insufi-*

ciencia, tienen como resultado un impulso constante hacia la movilización y valorización de unx mismx, hacia el mandato del siempre-más.

¡NO TENGO TIEMPO!: LA ECONOMÍA TEMPORAL DE LA DEUDA

Los efectos de la deuda sobre la subjetividad forman una constelación de sensaciones de culpa, responsabilidad, obligaciones y obediencia que permite tender puentes entre el presente y el futuro. Veremos en este apartado cómo las sensaciones de falta de tiempo, la ansiedad frente a un futuro que siempre está por llegar, la temporalidad organizada en el corto plazo, orientada a un presente siempre igual, configuran formas de vida que tienen en la deuda una de sus explicaciones. Miraremos la deuda como una forma de *adelanto de tiempo*, pensándola como una figura significativa para tejer conexiones entre el funcionamiento estructural de la formación social capitalista y las formas de vida y experiencias subjetivas que operan en ella.

Ya señalamos que el ensamblaje entre deuda y culpa es fundamental en el capitalismo, corolario de una imbricación entre los procesos de producción de valor y producción de subjetividad. Vimos, en ese momento, la importancia de construir una memoria en el deudor, una memoria peculiar, menos posada en el pasado que orientada hacia el futuro (Nietzsche, 2014). Sobre esto volveremos más adelante para mapear los efectos de la deuda en el cuerpo. Pero miremos ahora esta dimensión temporal de la deuda para mostrar sus efectos subjetivos y la relevancia que tiene en nuestra vida cotidiana.

El crédito es una promesa y como toda promesa se propone establecer ciertos parámetros orientadores frente a la contingencia del futuro. Prometer es ceder cierta libertad de actuar en el futuro para sujetarse a los compromisos del pasado. Así el crédito es una forma de sujeción temporal y es por tanto una operación económica atravesada por el tiempo.

Es pertinente una aclaración: la deuda no es una invención del capitalismo y es justamente en la condena que los usureros medievales recibían por sus prácticas de préstamo que encontramos una pista relevante para comprender su funcionamiento. Tal como estudió Jacques Le Goff (2013), la deuda era una operación económica condenada por ser un intercambio en torno al tiempo. Para el espíritu medieval la usura era una forma de expropiación:

La usura es un robo, de manera que el usurero es un ladrón. Y en primer lugar, como todo ladrón, es un ladrón de la propiedad (...) El usurero es un ladrón particular; aun cuando no turbe el orden público (...), su robo es particularmente detestable en la medida en que se roba a Dios. En efecto, ¿qué cosa roba si no es el tiempo que transcurre entre el momento en que él presta y el momento en que es reembolsado con interés? Ahora bien, el tiempo sólo pertenece a Dios. Ladrón de tiempo, el usurero es un ladrón del patrimonio de Dios (pp. 57-58).

Según mostró Le Goff, los usureros medievales eran considerados “ladrones de tiempo” y su condena no radicaba en la ventaja que podían extraer de aquel que se convertía en deudor, aun cuando éste fuese despojado de la capacidad de determinar el uso de su tiempo y debiese destinarlo a producir el dinero suficiente para restituir el valor prestado. La usura medieval, una práctica que se extendió con el auge económico del siglo XII, fue objeto de condena debido a la apropiación de tiempo implicado.

Esta polémica en torno a la usura, donde se intersectan la economía y la religión, el dinero y la salvación, constituye según Le Goff el “parto del capitalismo”. A pesar de su condena, el usurero medieval puede ser reconocido como un importante precursor de este sistema social y económico, un sistema que transfiere la posesión del tiempo a los seres humanos y se organiza sobre la valorización constante del valor.

Lejos de prohibirse, la usura y sus administradores serán protagonistas del capitalismo. La deuda, vista como un elemento de esta economía del tiempo, alcanzará su mayor expresión con la consolidación de un programa político-económico, el neoliberalismo, que supone una relación particular entre ganancias y futuro. Como sabemos, una de las principales dimensiones de la ofensiva neoliberal fue la financiarización de la economía. Neoliberalismo y finanzas –que comprenden el binomio crédito/deuda– llegaron tan de la mano que la etapa neoliberal a menudo es designada como “capitalismo financiero”. La pregunta es cómo se relacionan ambos términos y de qué manera éste vínculo aporta a nuestra cartografía de la deuda.

La corriente marxista conocida como “crítica del valor”¹⁹ propone un marco de interpretación de la fase neoliberal-financiera que resulta sumamente útil en la medida en que coloca en el centro la relación entre la deuda y el tiempo²⁰. Muy sucintamente puede decirse que la crítica del valor explica la fase neoliberal-financiera del capitalismo como la consecuencia necesaria de una crisis inherente al desarrollo capitalista: la crisis de la producción de valor. Básicamente ésta consiste en que el capital, que se produce y reproduce sólo a través de la explotación del trabajo humano, tiende a desplazar el trabajo vivo de los procesos productivos y a reemplazarlo con avances científicos y tecnológicos. Es una dinámica

¹⁹ La “crítica del valor” se desarrolló en Alemania desde fines de los 80 a través de la revista *Krisis*, fundamentalmente a partir de los aportes de Robert Kurz, su principal referente. A principios de los 2000 *Krisis* se escindió y varios de sus referentes fundaron la revista *Exit!* La separación también significó un cambio en el enfoque teórico desplegado por *Exit!*, a partir de los aportes de Roswitha Scholz. Como resultado de este cambio, la “crítica del valor” pasó a llamarse la “crítica de la escisión del valor”.

²⁰ En el argumento desplegado a continuación nos apoyamos fundamentalmente en Anselm Jappe, quien se ha dedicado a articular las líneas teóricas centrales de la “crítica del valor”.

de autosabotaje: el capital necesita al trabajo humano y al mismo tiempo tiende a expulsarlo, tanto para aumentar la productividad como para evitar la conflictividad de clase (De Boni, 2022).

Ante este progresivo estancamiento del valor, la desregulación de los mercados financieros permitió liberar la circulación y acumulación de lo que Marx (2019) llamó “capital ficticio”, los activos financieros que sirven como fuente de ganancia compensatoria ante la crisis de producción del “capital real”, que se obtiene a partir de la explotación del trabajo. En otras palabras, las finanzas permiten continuar con la acumulación de valor –aunque sea a costa de especulaciones, burbujas y crisis– en un tiempo histórico marcado por su agotamiento.

Lo anterior da cuenta de una determinada relación entre la deuda y el tiempo, ubicada en el núcleo de la organización social capitalista y con énfasis en su fase neoliberal. El crédito es el adelanto de una ganancia que aún no se ha realizado²¹, de un tiempo aún no transcurrido. Así como un deudor adelanta tiempo para poder usar en el presente lo que tendrá que restituir en el futuro, el capital, en su expresión financiera, adelanta ganancias y posterga la crisis de producción de valor que le es inherente. Como señala Anselm Jappe (2011, p. 116): “(...) el crédito, que es un beneficio consumido antes de haberse realizado, puede posponer el momento en el que el capitalismo alcance sus límites sistémicos, pero no puede abolirlo”. Con la expansión del crédito y la deuda el capital adelanta ganancias, empuja sus límites, *gana tiempo*.

La capilaridad creciente del endeudamiento provocó una inversión de la secuencia temporal de fases anteriores del capitalismo (liberal-clásica y fordista-keynesiana), cuyo “relato vital” dominante consistía en un sacrificio inicial que luego de cierto tiempo redundaría en gratificaciones. En este capitalismo de la

²¹ “¿Qué son el crédito o la deuda en su significado más simple? Una promesa de pago. ¿Qué es un activo financiero, una acción o una obligación? La promesa de un valor futuro” (Lazzarato, 2013, p. 45).

“jaula de hierro”, “(...) las burocracias enseñan la disciplina de la gratificación diferida. En lugar de juzgar si nuestras actividades inmediatas nos interesan, aprendemos a pensar en una recompensa futura que llegará si en el presente obedecemos las órdenes” (Sennett, 2007, p. 32). Se trata de un tiempo organizado, secuenciado y previsible, que transcurre en una atmósfera de estabilidad con promesas de recompensa a largo plazo.

El pasaje al siglo XXI imprimió la lógica del corto plazo en las formas culturales del capitalismo. El relato vital se convirtió en una sumatoria de pequeños eventos en la que cada uno debe ir decidiendo qué camino tomar. Estas modulaciones en la temporalidad constituyen, según Sennett, una dimensión central de la “cultura del nuevo capitalismo”. Abandonamos la organización de un tiempo a largo plazo, predecible, que articulaba un relato de vida y orientaba respecto a cómo debían sucederse las experiencias vitales, para adentrarnos en una forma de vida regida por la inmediatez, el corto plazo y la incertidumbre.

La caída del socialismo real y de los proyectos revolucionarios, el crecimiento del desempleo, el declive de los estados de bienestar, el descreimiento en la idea de progreso, el ascenso del neoliberalismo y de las sociedades de consumo, fueron algunos de los procesos que contribuyeron con este cambio de temporalidad. Esto produjo, por un lado, una proyección cortoplacista que invertirá la secuencia sacrificio-gratificación. Por otro, una caída del relato vital organizado sobre la oposición permitido/prohibido y su sustitución por un horizonte en el que todo (o casi todo) es posible. En ambas modulaciones la deuda es el personaje principal. Veamos cómo.

El declive de las instituciones capitalistas tradicionales en manos de la reorganización neoliberal exige iniciativa, capacidad emprendedora y gestión de la incertidumbre. Contratos a corto plazo, demanda de rápida adaptación a diferentes tareas, flexibilidad y disponibilidad 24/7 que se conjugan con un futuro impredecible y vivido como amenaza. Como consecuencia, el estrés y la ansiedad se vuelven padecimientos endémicos frente a estas nuevas condiciones.

Si para el capitalismo fordista-keynesiano el sentido temporal era la gratificación diferida con miras a metas a largo plazo, las condiciones neoliberales no sólo exigen resultados inmediatos, sino que lo hacen a costa de sacrificar el futuro. Al contraer una deuda, no sólo se obtienen los medios para efectuar un consumo inmediato, sino que se hace al precio de posponer el sacrificio que se requiere para pagar esa deuda. Las exigencias de adaptación, incertidumbre y flexibilidad convierten al tiempo presente en insuficiente y endeudarse aparece como un desenlace inevitable que se realiza a costa de hipotecar el futuro.

Con el ascenso del neoliberalismo observamos que *la economía temporal se desplaza del ahorro hacia la deuda*. Así como el ahorro es la forma de guardar tiempo, trabajo a favor, acumulado para su aprovechamiento posterior, la deuda se genera mediante la compra de tiempo futuro, mediante el adelanto y la utilización de beneficios aún no producidos. Digamos que *si el ahorro es guardar tiempo y trabajo a favor, la deuda es consumir tiempo y trabajo en contra*. Endeudarse es consumir un tiempo aún no transcurrido, teniendo luego que enajenar tiempo futuro para devolver ese tiempo adelantado; y es trabajo en contra, esto es, deuda de trabajo, trabajo pendiente.

Junto a esta modulación, podemos observar el pasaje de una cultura capitalista dividida a partir de la dualidad permitido/prohibido a otra que se dirime entre lo posible y lo imposible, aunque será sobre todo el primero de los términos el que defina el horizonte de expectativas individuales. Las condiciones del capitalismo liberal, fordista y keynesiano componían un escenario en el que unx se podía orientar a partir de lo que estaba permitido y lo que estaba prohibido: la rutina del trabajo y de la vida, la eficiencia requerida al interior de la fábrica, atenerse a reglamentos, burocracias y procedimientos formales, el imperativo de una “carrera” laboral, con un camino predefinido y un escenario de relativa certidumbre y estabilidad.

Con la consolidación del régimen neoliberal y la generalización del emprendedurismo como modo de vida se difuminan los

parámetros de lo permitido y lo prohibido. Quien sólo hace lo permitido, no arriesga, y quien no arriesga, no gana. La oposición estalla ante el espíritu emprendedor, que sabe que cuando se exige creatividad, cuando la consigna es arriesgarse, cuando hay que adaptarse y estar abierto al cambio, nada está prohibido, todo es posible. Y cuando todo es posible, “tener tiempo” es condición para sortear la distancia entre lo que hay y lo que puede haber. Aun cuando lo posible parece ser cada vez más estrecho, aunque vivamos una crisis del imaginario sobre el futuro (Berardi, 2014), esa brecha entre lo que hay y lo posible es terreno fértil para la expansión del capital, para la extracción de valor y plusvalor, y para la circulación y consumo de mercancías.

Esta creencia en que todo es posible trae consigo la ilusión de que se puede alcanzar un estado de plenitud y colmar todo deseo. Supone que cualquier falta puede ser llenada eligiendo el producto adecuado en el mercado. La falta mueve. Mueve al mercado a ofrecer nuevos productos, servicios y experiencias, que se publicitan mediante la promesa de satisfacción, de poder colmar esa falta. Mueve al consumidor, que navega en ese mercado de expectativas que prometen lo imposible. *No estar al día es también una forma de esa falta.* Quien mira su lista de pendientes anhela que llegue ese momento en que todos los ítems estén tachados. Pero éstos vuelven a aparecer. Nuevas faltas se empiezan a acumular. Todas son una fachada imaginaria de una falta que persiste, que no se sutura ni se calma con *checks*. La falta resiste a toda mercancía, a toda experiencia, a toda imagen ilusoria de satisfacción plena. *Estar en deuda es la forma neoliberal que toma esa falta.*

Ya vimos que en su dimensión económica la deuda puede ser interpretada como un mecanismo de valorización que viene al rescate de la tendencia estructural del capitalismo a “serruchar la rama sobre la que está sentado” (Jappe, 2019): la producción de valor a través del trabajo humano. Ahora bien, el impulso hacia la valorización ilimitada tiene su correlato en el nivel de la subjetividad y las estrategias vitales. Y es que una vez que se incorpora el imperativo del *siempre-más*, de la autosuperación sin límite, sentir-

se en deuda es inevitable, simplemente porque lo que alcanzamos a dar nunca llega a los ideales de rendimiento exigidos. Siempre se puede rendir más (Chicchi et al., 2019), optimizar el descanso y el tiempo libre (Hernández, 2020), gestionar mejor las relaciones y emociones (Davies, 2015), alcanzar mayores niveles de felicidad (Cabanas, 2019).

Esta economía temporal produce *emprendedorxs del tiempo*, estrategia necesaria frente a los procesos de aceleración social (Rosa, 2016), que tornan rápidamente obsoletas las experiencias y las modas, los valores y los estilos de vida, las prácticas y los hábitos, en un escenario de incertidumbre marcado por un presente continuo y lanzado hacia adelante. A la vez, la sensación generalizada de que el tiempo transcurre cada vez más rápido, efecto de lo que Hartmut Rosa (2016) denomina “aceleración del ritmo de vida”, funciona como estrategia de marketing para reforzar la creencia de que “la vida es ahora”.

La contracara del eslogan “hágalo usted mismo” es que, justamente, la vida moderna se organiza de forma tal que prácticamente no es necesario hacer nada por unx mismx, una forma de evitar la “pérdida de tiempo” que supone dedicarse a la fabricación de objetos o la realización de actividades vitales en el imperio mercantil de las vidas administradas. Al igual que contratar un servicio o utilizar dispositivos tecnológicos que aceleran o sustituyen una actividad, endeudarse es una forma de comprar tiempo, una necesidad de primer orden para sobrevivir a las exigencias temporales del presente. Experimentamos, ya no la “entrada del cronómetro al taller”, que abrumó al proletariado industrial (Coriat, 2000), sino la *cronometrización extensiva de la vida*, que zumba sin descanso en la cabeza de lxs emprendedorxs del tiempo.

Estamos dejando atrás a una generación que concibió al tiempo histórico en términos de progreso, desarrollo y promesa de futuro. Reinhart Koselleck (1993) explicó que la estructura de los tiempos modernos, en los que la balanza entre la experiencia y la expectativa se inclinaba hacia esta última, parecía llegar a su ocaso sobre el final del siglo XX. Desde entonces se delinea una tem-

poralidad dominada por la experiencia de un presente perpetuo e inmóvil. Entramos en un tiempo en el que el ángel de la historia que Benjamin (2005) había recuperado para ilustrar la tempestad del progreso, ese *Ángelus Novus* de “ojos desorbitados, (...) boca abierta y (...) alas tendidas” ya no es arrastrado por el futuro. Mira al presente en ruinas y lo pisotea como si fuera el último tiempo por venir.

La deuda –que no es exclusiva del capitalismo– es una operación a favor de la experiencia del presente, sobre todo cuando se manifiesta como una forma de relacionarse con las actividades y los vínculos cotidianos. Esta generalización de la experiencia de *vivir en deuda* es una de las formas neoliberales de producción y gestión de este presente ansioso. La deuda es una manera de individualizar el mandato de que “el tiempo es ahora” y privatizar las formas de lidiar con la ansiedad que eso produce. Dicho en otras palabras, la producción del presente como un tiempo insuficiente encuentra en la deuda una válvula de escape, puesto que permite “ganar tiempo” para poder estar a la altura del rendimiento exigido. Endeudarse, como la forma de lidiar individualmente con esa falta de tiempo, lleva a pensar que la asfixia que produce el ritmo vertiginoso del capital sobre los tiempos vitales puede resolverse de forma privada. La imposibilidad de estar al día, rendir lo suficiente o pagar las cuentas, provoca sensaciones de malestar e impotencia que, a pesar de sus causas sistémicas profundas, son afrontadas con una solución individual: endeudándose.

La temporalidad social que se organiza favoreciendo un presente perpetuo es también el escenario de sensaciones contradictorias respecto al tiempo actual, a su insuficiencia, a la necesidad de adelantar el tiempo y a la impresión de que éste, a la vez, pasa demasiado rápido. Es un tiempo acelerado (Rosa, 2016), que se conjuga, a su vez, con un tiempo fragmentado (Jameson, 1991). Ambas obedecen a la lógica de la eficacia y forman parte de lo que Byung-Chul Han (2019) llama “política temporal del neoliberalismo”, es decir, modos de relacionarse con el tiempo que aíslan e in-

dividualizan, y que suponen la prolongación del tiempo de trabajo a toda la vida.

La sensación de que siempre hay un pendiente, una tarea a realizar, un mail a contestar; la sensación de que nos estamos perdiendo algo que pasa en algún lugar que no es el que estamos; la sensación, finalmente, de estar en deuda, forman parte de esta relación ansiosa con el tiempo, de un futuro que no promete ser diferente del ahora. La sensación de estar en deuda, que organiza y constriñe el presente, es la forma en que esta política neoliberal del tiempo subsume y consume el futuro, trayéndolo continuamente hacia el presente y anulando su condición de tiempo histórico abierto y potencialmente diferente.

¿CUÁNTO AGUANTA UN CUERPO?: EL CUERPO COMO LÍMITE DEL *SIEMPRE-MÁS*

Si la deuda es, además de su cara económica más evidente, un modo de organizar la subjetividad y la vida, una forma de relacionarnos con el mundo, con lxs demás y con nosotrxs mismxs, tiene que involucrar, también, una *dimensión corporal*, un proceso de modulación de los cuerpos en función de ciertos imperativos de autovalorización. En efecto, la norma social del endeudamiento permanente, de un *estar siempre en deuda* con ideales inalcanzables de rendimiento, se inscribe y se reproduce –pero también se reconoce, se impugna y se confronta– en el cuerpo.

Las máximas morales formuladas por Benjamin Franklin y citadas por Weber en *La ética protestante* dan cuenta del rol fundamental que tiene el cuerpo como el escenario donde la deuda se exhibe y se comunica a lxs demás. Citamos el pasaje más elocuente al respecto (2004, p. 58):

Las acciones más insignificantes pueden pesar en el crédito de una persona, y deben ser consideradas por ésta. El golpear del martillo sobre el yunque a las cinco de la mañana o a

las ocho de la noche dejará satisfecho al acreedor que lo oiga; sin embargo, si te viera jugar al billar o reconociera tu voz en la taberna, a esa hora en la que deberías estar trabajando, no dejará de recordarte tu deuda a la mañana siguiente.

Ahora bien, ¿cómo es el proceso a través del que la deuda se hace cuerpo, se *in-corpora*? ¿Cómo es que el estado de endeudamiento atraviesa, afecta e involucra al cuerpo? Esta relación entre deuda y cuerpo exige volver por un momento a Nietzsche.

En *La genealogía de la moral*, Nietzsche afirma que la tarea de hacer del hombre ese animal “al que le sea lícito hacer promesas”, es decir, alguien que se acostumbra a contraer deudas y que recuerda que debe pagarlas, requiere de un trabajo de *construcción de una memoria*. Es evidente: para que una deuda tenga razón de ser, unx debe recordar que la tiene y que debe pagarla. Es Lazzarato (2013, p. 46), en su comentario de la genealogía nietzscheana, quien lo pone con mayor claridad:

Fabricar un hombre capaz de mantener una promesa significa construirle una memoria, dotarlo de una interioridad, de una conciencia que pueda oponerse al olvido. La memoria, la subjetividad y la conciencia comienzan a fabricarse en la esfera de las obligaciones de la deuda.

De esto se desprende que la deuda exige la construcción de una memoria de la deuda. Pero... “¿Cómo hacerle una memoria al animal-hombre?”, se pregunta Nietzsche (2014, p. 88). Grabándola en el cuerpo e infligiendo, en ese acto, alguna clase de dolor a aquel cuya memoria se pretende construir²². Es que, como cual-

²² “El deudor, para infundir confianza en su promesa de restitución, para dar una garantía de la seriedad y la santidad de su promesa, para imponer dentro de sí a su conciencia la restitución como un deber, como una obligación, empeña al acreedor, en virtud de un contrato, y para el caso de que no pague, otra cosa que todavía ‘posee’, otra cosa sobre la que

quiera sabe, las cosas que nos duelen se nos adhieren con más fuerza: “Para que algo permanezca en la memoria se lo graba a fuego; solo lo que no cesa de doler permanece en la memoria.” (Nietzsche, 2014, p. 88).

El cuerpo del deudor es un escenario donde debe representarse la memoria de la deuda. La forma de demostrar que unx recuerda su deuda es llevándola en el cuerpo. Y el recuerdo es más insistente, la deuda se tiene más presente, cuando su carga produce dolor. *Al deudor tiene que dolerle estar en deuda*. El dolor del cuerpo del deudor es la garantía que tiene el acreedor de que el primero recordará su deuda y procurará pagarla. *La memoria de la deuda se graba, se siente y duele en el cuerpo*. Retomaremos la cuestión del malestar por el hecho de vivir en deuda sobre el final de este apartado.

Nuestra intención ahora es delinear los contornos de los *cuerpos endeudados*. Cabe aclarar que de ninguna manera pretendemos afirmar la existencia de una subjetividad universal y abstracta del endeudamiento, pero sí nos parece útil señalar que, si el cuerpo es a la vez el resultado y el objetivo de todo régimen de poder, actualmente en cada unx de nosotrxs tiene lugar una *batalla somática* (Fernández-Savater, 2020a) en la que el estado de endeudamiento/insuficiencia permanente deviene un mecanismo de explotación y control de los cuerpos. *Producir cuerpos endeudados es producir cuerpos explotables y controlados*.

En *Post-scriptum sobre las sociedades de control* (1990), Gilles Deleuze ilustra las formas de vida inherentes al capitalismo neoliberal con la imagen kafkiana de la “postergación indefinida”.

todavía tiene poder, por ejemplo *su cuerpo*, o su mujer, o su libertad, o también su vida (...) Pero muy principalmente el acreedor podía *infligir al cuerpo del deudor* todo tipo de afrentas y de torturas, por ejemplo cortar de él tanto como pareciese adecuado a la magnitud de la deuda” (Nietzsche, 2014, p. 93, las cursivas son nuestras).

Mientras el poder disciplinario característico de las sociedades industriales se ejerce a través de una sucesión de encierros que *empiezan y terminan* (escuela, cuartel, fábrica, etc.), “(...) en las sociedades de control nunca se termina nada: la empresa, la formación o los servicios son estados metaestables y coexistentes de una misma modulación, de un deformador universal.” El sujeto que resulta de estos mecanismos de control “(...) es más bien ondulatorio, siempre en órbita, suspendido en una onda continua” (Deleuze, 1999, p. 7).

Se puede identificar una correspondencia entre nuestra descripción del *vivir en deuda* como modo de vida neoliberal y el régimen de la postergación indefinida, donde la libertad postdisciplinaria implica en verdad una sujeción ilimitada, autogestionada y *siempre en deuda* con los imperativos de adaptabilidad, flexibilidad y rendimiento. A decir verdad, es el mismo Deleuze (1999, p. 8) quien afirma directamente que “(...) el hombre ya no está encerrado sino endeudado.”

Por poco original que sea decirlo, sigue siendo cierto que la flexibilidad es el atributo estrella del cuerpo neoliberal. Se sabe que se trata de una flexibilidad inmediatamente subordinada a la adaptabilidad²³. En términos generales, ser flexible es ser capaz de adaptarse a condiciones de trabajo y de vida cada vez más precarias. No obstante, es importante comprender que el llamado a la flexibilidad no es simplemente una artimaña retórica o un maqui-

²³ Es interesante en este punto la diferencia que plantea Catherine Malabou (2007) entre flexibilidad y plasticidad, en el marco de sus estudios sobre la actividad cerebral. Según Malabou, ambas propiedades refieren a la capacidad de adoptar distintas formas, pero mientras la plasticidad permite deshacer composiciones y crear otras, la flexibilidad sólo remite al acto de estirar o redistribuir las formas existentes, pero no de cambiarlas. Esto es importante porque permite desmentir lo que Malabou llama la “ideología neuronal del management” según la cual la flexibilidad es amiga de la creatividad y la “reinención personal”.

llaje ideológico, sino una convocatoria a una disposición efectiva de los cuerpos. Veámoslo más detenidamente.

El llamado a la flexibilidad tiene dos caras complementarias. Por un lado, el cuerpo flexible, en tanto cuerpo maleable y adaptable, es una especie de amortiguador que pretende contener la quiebra, el colapso, el desfondamiento. En este sentido, *ser flexible es aguantar, es doblarse sin romperse*. Por otro lado, el cuerpo flexible tiene un costado expansivo, un llamado a estirar lo máximo posible las oportunidades de valorización. En este sentido, *ser flexible es poder abarcar más, estar más conectadx y más disponible, procurar ir siempre un poco más allá de los límites*.

La deuda pone en movimiento ambas dimensiones del cuerpo flexible. Respecto a la primera, como vimos en los apartados anteriores, la deuda actúa como un dispositivo de autogestión de la precariedad vital cotidiana de los sectores populares, que recurren crecientemente al crédito para poder llegar a fin de mes y se someten así a un futuro de trabajo debido a la presión de la deuda. Respecto a la segunda, el hecho de sentirse en deuda con los ideales de rendimiento exigidos crea una disposición favorable a la prolongación indefinida del tiempo de trabajo y a la movilización constante en busca de oportunidades de valorización.

El llamado a la flexibilidad es también un intento de negar o bloquear cualquier atisbo de fragilidad. El sujeto emprendedor sabe que sus debilidades son los límites de su rendimiento, y se esfuerza, en cuerpo y alma, por superar sus déficits. Así, la ideología del “management de sí” repite acalambrentemente que hay que ser resiliente, adaptarse, empoderarse, superarse, alcanzar la mejor versión de unx mismx, etcétera.

Pero al margen de esta seducción retórica, es importante señalar que a la vez que se exige autoproducirse un cuerpo productivamente fuerte, se produce un cuerpo políticamente impotente. El endeudamiento es un factor clave en la generalización de la impotencia. Estar en deuda implica estar sometido al deber y ver obturadas las posibilidades de acción y decisión. Es que la deuda obliga, exige, culpa. Y así como la deuda pública se utiliza como

coartada para imponer políticas económicas de ajuste y “austeridad”, la masificación de la deuda privada –en su forma financiera o existencial– no sólo limita la autonomía (quien debe siempre es, en alguna medida, esclavo de su deuda), sino que, al fragmentar e individualizar la experiencia de la explotación, dificulta la organización colectiva y multiplica la impotencia.

Hasta aquí señalamos que estar en deuda es una experiencia contemporánea dominante que se inscribe en el cuerpo y deja sus marcas. Ahora queremos diferenciar dos formas que puede tomar la relación entre la deuda y el cuerpo. Por un lado, es posible dar cuenta de *la deuda como modo de gestión del cuerpo*, es decir, la deuda como una forma de vincularse con un cuerpo que es producido y definido como un cuerpo que está en deuda, en falta. Es un cuerpo en déficit, que se organiza en torno a un vacío a completar. Por otro lado, podemos distinguir una *experiencia corporal de la deuda*, es decir, una somatización del estado de endeudamiento, los efectos que provoca o las marcas que deja la deuda al incrustarse en el cuerpo. Como vimos con Nietzsche, la memoria de la deuda se graba y duele en el cuerpo. En lo que sigue nos ocuparemos de cada una de ellas.

El cuerpo en déficit es la constante de las sociedades en las que el rendimiento es la norma de subjetivación. En castellano “rendimiento” es un término que navega cómodamente entre dos ámbitos: la economía y el deporte. Dicha referencia es útil para mostrar la correlación entre la producción de valor y la producción corporal en el capitalismo neoliberal, ambas organizadas por el principio de *siempre-más*. No es casualidad que el deporte sea una práctica corporal hegemónica en el mundo moderno y que numerosos análisis hayan comparado la estructura de la competencia deportiva con el funcionamiento de las sociedades de mercado (Rendueles, 2022). Tanto en el mundo económico como en el deporte el objetivo es maximizar el rendimiento. Y, como vimos, este imperativo del rendimiento es el corazón de nuestros modos de vida endeudados y siempre insuficientemente productivos.

En la correlación entre producción de valor y producción del cuerpo, este último ha devenido un objeto de inversión. Concebido

en los albores del capitalismo como una propiedad privada esencial para el individualismo posesivo liberal, el cuerpo deviene la fuente de producción de valor cuando se lo concibe como fuerza de trabajo, mientras que la ofensiva neoliberal lo reinterpreta como capital humano y empresario de sí (Seré, 2017). Será, en todos los casos, un objeto sobre el que intervenir, propiedad primera para hacer rendir el monocultivo de la explotación.

Un cuerpo endeudado es un cuerpo en el que se encarna el padecimiento de la deuda, pero es también un cuerpo insuficiente y en falta. En ese espacio vacío prolifera un mercado sumamente rentable de saberes y técnicas de trabajo sobre sí mismx que se promocionan como herramientas que permiten gestionar mejor la propia vida. Se trata de un *mercado del yo* que promete enseñarnos a administrar mejor la vorágine cotidiana para que no nos pase por encima, así como optimizar la producción de cuerpos que siempre pueden rendir un poco más.

Específicamente enfocadas en lo corporal –y reconociendo sus múltiples superposiciones–, podemos destacar las técnicas de autoconocimiento (*coaching, mindfulness, human design*), técnicas de entrenamiento y optimización de las capacidades corporales (*fitness, crossfit, zumba*), géneros narrativos orientados a aumentar la resiliencia y el optimismo (autoayuda, psicología positiva, mensajes motivacionales) y consumo de psicofármacos, entre tantas otras. Asumiendo su heterogeneidad, proponemos pensarlas como técnicas que pretenden infundir cierta conformidad respecto a la organización neoliberal de la vida, y en todo caso producir disconformidad con nuestro desempeño insuficiente, algo que se traduce, estratégicamente, en una autoimposición por rendir más (De Boni, 2022). Por lo tanto, estas *prótesis adaptativas* (De Boni, 2022) que se proponen adecuar a las personas a las exigencias productivas de la vida neoliberal, son otra fuente que alimenta la sensación de estar en deuda con unx mismx.

Ahora bien, *el cuerpo siempre termina produciendo verdades propias*, aunque sea entre las grietas de sus poses optimistas, flexibles y resilientes. Es que todo lo flexible en algún momento cede,

se rompe y muestra sus tejidos dañados. El cuerpo, entrenado para su constante adaptación, exigido para rendir *siempre-más*, exhortado a estar en mejores condiciones, llamado a superarse, muestra sus síntomas de inadecuación (Sztulwark, 2019).

A diferencia de la lógica ilimitada de la valorización del valor, los cuerpos tienen límites. La intensificación de la explotación, el régimen del *siempre-más*, deja heridas, provoca malestares, estalla dentro nuestro en forma de crisis anímicas (ataques de pánico y ansiedad, agotamiento y depresión), (Exposto, 2022). Los cuerpos se desmoronan, no aguantan, entran en crisis. De tanto doblarse, se rompen. Se trata de síntomas de inadecuación, de nuestra incapacidad de adaptarnos sin fisuras a los modos de vida neoliberales. Como dice Fernández-Savater (2023, p. 16), “(...) no somos capaces de ser según las formas de ser dominantes.”

Para terminar, proponemos pensar estos síntomas de inadecuación, este malestar difuso pero insistente que se aloja en el cuerpo, como la expresión de *límites somáticos* a la explotación de la subjetividad y los modos de vida que el capitalismo neoliberal impone, entre los que se encuentra el endeudamiento como horizonte existencial permanente. Creemos que este marco interpretativo, procedente de un conjunto de aportes recientes acerca de las mutaciones de la sensibilidad colectiva (Fisher, 2016, 2018; Berardi, 2017, 2019; Fernández-Savater, 2020b, 2021; Sztulwark, 2019; Exposto, 2023), puede sintonizar con otros enfoques críticos de gran potencia política en la actualidad, como la ecología política (Machado y Navarro, 2020; Moore, 2020; Herrero, 2023) y los feminismos que ponen en el centro la reproducción de la vida y no la del capital (Gutiérrez et al., 2017; Pérez Orozco, 2019).

El punto común de estos mapas sensibles del presente es que, pensando desde el punto de vista de los síntomas, los límites y los daños, revelan la tendencia violenta y autodestructiva de la lógica ilimitada de la valorización del valor como principio de organización social, que sólo puede sostenerse fijando binarismos jerárquicos, exprimiendo los cuerpos y devorando el planeta. *En lo que respecta al cuerpo y al malestar que lo habita, la pregunta que tenemos*

que responder pronto es cómo desprivatizar el malestar y desplegar su potencia transformadora, cómo ver en los síntomas de inadecuación no un déficit propio a corregir, sino una apertura hacia la impugnación del modo de vida social que los produce.

CONSIDERACIONES FINALES

Vivimos en deuda. A veces de la forma más explícita y evidente: cuentas sin pagar, préstamos en el banco, hipotecas, compras a crédito, pagos en cuotas. Pero también nos sentimos en deuda con nuestras actividades cotidianas, nuestros vínculos sociales y con nosotrxs mismxs: mails por responder, proyectos por realizar, personas por visitar, desempeños a mejorar. La lista de tareas a realizar, esa que crece y decrece cada día, esa que nos “ordena”, que funciona como una memoria externa para recordarnos lo que tenemos que hacer, *esa lista de pendientes es una lista de deudas*, de responsabilidades, de obligaciones. *Es la lista de la culpa que nos dice que todavía no estamos al día. Porque probablemente estar al día es la tarea más difícil y la experiencia más inalcanzable en este “vivir en deuda”.*

En este ensayo hemos intentado delinear una cartografía de la deuda entendiéndola como una relación económica y una experiencia subjetiva fundamental en el capitalismo contemporáneo. Enfocamos nuestra mirada en la deuda como mecanismo de explotación y acumulación, como dispositivo de autogestión de la precariedad de la vida, como una estrategia temporal para soportar el presente, una condición que decanta y se manifiesta en el cuerpo.

Sin desconectar una de otra, distinguimos la deuda financiera (*tener una deuda*, deber algo a alguien) de la deuda subjetiva (*estar en deuda*, sentirse en deuda con algo o alguien) para mostrar las diferentes formas a través de las que el capital se apropia de la actividad humana. Lejos de ser instancias independientes, tener una deuda y estar en deuda son formas en las que se expresa la extensiva economización de la vida, la propagación totalizante de

los imperativos de rendimiento y productividad, y la sumisión de la existencia al mandato de la valorización.

Ahora bien, estar en deuda o estar al día no son decisiones individuales o voluntarias. La culpa, la obligación y la responsabilidad que invoca son manifestaciones subjetivas de un funcionamiento estructural, de contradicciones y crisis propias del capitalismo. El endeudamiento es una forma de individualizar y privatizar las soluciones a crisis que son constitutivas de esta formación social, crisis que derivan no sólo de una tendencia estructural a la disminución del valor y de la tasa de ganancia, sino también de la contradicción entre una lógica que apunta a la producción ilimitada de valor a partir de recursos humanos y naturales limitados.

En efecto, la deuda es una forma de producción/extracción de valor que opera de una manera diferente a las fuentes clásicas de la explotación capitalista (trabajo asalariado y extracción de recursos naturales). Por este motivo propusimos inscribir el hecho de “vivir en deuda” dentro del diverso abanico de las modalidades de *extractivismo ampliado*. En este caso, intentamos mostrar que se trata de una modalidad específica de explotación en la que la sensación constante de “estar en deuda”, deber rendir más o no estar haciendo lo suficiente vertebran los procesos de producción de subjetividad y modos de vida.

Este abordaje de la deuda como configuradora de subjetividades y estrategias vitales se vincula directamente con su correlato moral de responsabilidad y culpa, así como con su capacidad de expropiar tiempo, extendiendo el trabajo, las obligaciones y la obediencia hacia el futuro. Si “no tener tiempo” es uno de los lamentos más habituales en nuestros modos de vida saturados y desbordados, es justamente porque vivir en deuda implica una constante “memoria del futuro” que asfixia al presente e impide habitarlo de otro modo que no sea lanzado hacia adelante. Quizá este mandato social a concebir el tiempo bajo la forma de “estar en deuda”, un tiempo que siempre queda corto respecto a todas las cosas que debemos; quizá esa sensación constante de que no estamos dando lo suficiente y que debemos abarcar más, tiene algo que ver con

el hecho de que en los últimos años la ansiedad haya pasado a ser una de las afecciones más frecuentes de la vida en el capitalismo.

Quien está en deuda está obligadx a saldarla. Cuanto más se exige ser productivx, más se limita la autonomía. Al estar obligadx a organizar la vida a su alrededor, el endeudamiento crónico dreña nuestra energía, impide la autodeterminación y confisca la libertad. La capilarización social de estos estados de endeudamiento constante apunta a aumentar la explotación y la productividad laboral, cuyo reverso es una generalización del cansancio y la impotencia política. Se trata de producir y obedecer. La deuda como mecanismo de explotación y marco de organización de la subjetividad apunta a producir, al mismo tiempo, valor y obediencia. Nos recuerda que tenemos que rendir más y, a la vez que exhorta a la producción, nos presiona y obliga a cumplir con lo que debemos.

Desde las falanges de los dedos hasta las crisis de pánico, las deudas siempre se pagan con el cuerpo. La memoria de la deuda se graba en el cuerpo y causa dolor. Estar en deuda duele, pesa, agota. Por este motivo, sobre el final quisimos señalar que estas formas de explotación que apuntan, a partir de la condición de endeudamiento constante, a maximizar la adaptabilidad, la disponibilidad y el rendimiento, tienen como contracara la producción de malestares, de síntomas de inadecuación que se encarnan en el cuerpo y avisan que algo anda mal.

En este marco, creemos que la crisis anímica generalizada que vivimos actualmente puede pensarse como un síntoma colectivo frente a modos de vida agotadores y depredadores (con el ambiente, con lxs demás, con nosotrxs mismxs) que no somos capaces de soportar... porque son insoportables, porque la lógica ilimitada de la valorización del valor es incompatible con el carácter vulnerable y limitado de nuestros cuerpos.

Para terminar, nos gustaría que este aporte contribuya a ampliar las discusiones actuales sobre el endeudamiento como condición generalizada de la vida. En su versión económica o subjetiva, la deuda siempre se presenta como algo abstracto, arremolinada en el cielo lejano de las finanzas o alojada en el interior inaccesible

de cada unx. Muy lejos de eso, la intención teórica y política de este trabajo fue ensayar una cartografía del endeudamiento subjetivo que anime a generar imágenes, narraciones y afectaciones sensibles y cercanas de la deuda, disputando sus modos de presentación abstractos e individuales. En síntesis, se trata de fortalecer una práctica teórica y política con la que estamos en deuda.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barttolotta, L.; Gago, I. (2023). *Implosión. Apuntes sobre la cuestión social en la precariedad*. Tinta Limón.
- Benjamin, W. (2005). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Traducción de B. Echeverría. Contrahistorias.
- _____. (2016). “El capitalismo como religión” en Foffani, E.; Ennis, J. El capitalismo como religión. Introducción. *Revista Katatay*. Instituto de investigación en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), núm 13-14, 178-186 <https://edicioneskatatay.com.ar/items/31>
- Berardi, F. (2014). *La sublevación*. Surplus.
- _____. (2017). *Fenomenología del fin: sensibilidad y mutación conectiva*. Caja Negra.
- _____. (2019). *Futurabilidad. La era de la impotencia y el horizonte de la posibilidad*. Caja Negra.
- Cabanas, E. (2019). “Psiudadanos, o la construcción de individuos felices en las sociedades neoliberales” en Illouz, E. (comp.). *Capitalismo, consumo y autenticidad. Las emociones como mercancía*. Katz, pp. 233-263.
- Cavallero, L. y Gago, V. (2019). *Una lectura feminista de la deuda: ¡Vivas, libres y desendeudadas nos queremos!* Fundación Rosa Luxemburgo.
- Chicchi, F., Leonardi, E. y Lucarelli, S. (2019). *Más allá del salario. Lógicas de la explotación*. Azafrán editorial.
- Coriat, B. (2000). *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*. Siglo XXI Editores.

- Davies, W. (2015). *La industria de la felicidad*. Malpaso.
- Deleuze, G. (1999). *Post-scriptum sobre las sociedades de control*. Pretextos.
- De Boni, I. (2022). Nos quieren emprendedores. Una lectura sobre y contra la explotación neoliberal de las subjetividades. [Tesis para obtener el grado de maestría en Sociología]. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Exposto, E. (25 de mayo de 2022). Notas para una psicopolítica alternativa. *Lobo Suelto*. <https://lobosuelto.com/notas-para-una-psicopolitica-alternativa-emiliano-exposto-i/>
- _____ (2023). *Las máquinas psíquicas: ¿Qué hacer con la crisis de la salud mental?* Nido de vacas.
- Federici, S. (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficante de Sueños.
- Federici, S.; Gago, V. y Cavallero, L. (2021) (eds.). ¿Quién le debe a quién? Ensayos transnacionales de desobediencia financiera. Tinta Limón.
- Fernández-Savater, A. (4 de diciembre de 2020a). La ofensiva sensible: una lectura somática de la coyuntura. *Lobo Suelto*. <https://lobosuelto.com/una-lectura-somatica-amador-fernandezsavater/>
- _____ (2020b). *Habitar y gobernar. Inspiraciones para una nueva concepción política*. Ned ediciones.
- _____ (2021). *La fuerza de los débiles. Un ensayo sobre la eficacia política*. Akal.
- _____ (2023). "Ausentarse: la crisis de la atención en las sociedades contemporáneas" en Fernández-Savater, A.; Etxeberria, O. (comps). *El eclipse de la atención*. Ned ediciones.
- Fisher, M. (2016). *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* Caja Negra.
- _____ (2018). *Los fantasmas de mi vida. Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos*. Caja Negra.
- Foffani, E.; Ennis, J. (2016). El capitalismo como religión. Introducción. *Revista Katatay*. Instituto de investigación en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), núm 13-14, 178-186 <https://edicioneskatatay.com.ar/items/31>

- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica*. Fondo de Cultura Económica.
- Graeber, D. (2012). *En deuda. Una historia alternativa de la Economía*. Ariel.
- Gutiérrez, R.; Linsalata, L.; Navarro, M. (2017). “Repensar lo político, pensar lo común” en Inclán, D.; Linsalata, L.; Millán, M. (coords). *Modernidades alternativas*. UNAM-ediciones del lirio.
- Han, B.-C. (2019). “Todo corre deprisa”, en: Han, B.-C. *Capitalismo y pulsión de muerte. Artículos y conversaciones*. Herder, pp. 109-114.
- Hernández, M. A. (2020). *El don de la siesta. Notas sobre el cuerpo, la casa y el tiempo*. Anagrama.
- Herrero, Y. (2023). *Toma de tierra*. Caniche.
- Jameson, F. (1991). *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Paidós.
- Jappe, A. (2011). *Crédito a muerte. La descomposición del capitalismo y sus críticos*. Pepitas de calabaza.
- _____ (2019). *La sociedad autófaga. Capitalismo, desmesura y autodestrucción*. Pepitas de calabaza.
- Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Paidós
- Lazzarato, M. (2013). *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*. Amorrortu.
- Le Goff, J. (2013). *La bolsa y la vida. Economía y religión en la Edad Media*. Gedisa.
- Machado, H.; Navarro, M. (2020). *La trama de la vida en los umbrales del capitaloceno. El pensamiento de Jason W. Moore*. Traficantes de Sueños.
- Malabou, C. (2007). ¿Qué hacer con nuestro cerebro? Herder.
- Marx, K. (2003). *El capital. Crítica de la economía política*. Tomo I. Volumen III. Siglo XXI.
- _____ (2019). *El capital. Crítica de la economía política. El proceso global de la producción capitalista*. Tomo III. Volumen VI. Siglo XXI.
- _____ (2020). *El capital. Crítica de la economía política*. Tomo I. Volumen I. Siglo XXI.

- Moore, J. W. (2020). *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*. Traficantes de Sueños.
- Nietzsche, F. (2014). *La genealogía de la moral*. Alianza.
- Pérez Orozco, A. (2019). *Subversión feminista de la economía. Apuntes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Traficantes de Sueños.
- Rendueles, C. (2022). *Capitalismo canalla*. Austral.
- Rosa, H. (2016). *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Katz.
- Sennett, R. (2007). *La cultura del nuevo capitalismo*. Editorial Anagrama.
- Séré, C. (2017). Propiedad del cuerpo: sujeto, derecho y trabajo. [Tesis para obtener el grado de doctora en Ciencias Humanas]. Universidad Federal de Santa Catarina.
- Stimilli, E. (2011). *Il debito del vivente. Ascesi e capitalismo*. Quodlibet.
- _____ (2020). *Deuda y culpa*. Herder.
- Sztulwark, D. (2019). *La ofensiva sensible. Neoliberalismo, populismo y el reverso de lo político*. Caja Negra.
- Weber, M. (2004). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Alianza.